

hecho de caer en gracia y no tener vergüenza dicen cosas que no debieran decir, se dirige á una señora:

—¿Gusta usted que vayámos á encerrarnos, usted, su hija y el que habla dentro de un cuarto obscuro? Mientras usted se divierte y se distrae, nosotros, tomados fuertemente de las manos, veremos lo que podemos hacer.....

Con seguridad que la señora contestaría:

—Es usted un bellaco!

Pero si el joven le dice:

—¿Gusta vd. que vayámos al Cinematógrafo?

Ella contesta complacidisima y sonriendo:

—Sí, Luisito, con muchísimo gusto!

Y hasta suele decir, al terminar la primera tanda:

—Nos quedaremos á la otra, Luisito!

¡Ved aquí otro milagro de los formulismos sociales!

Se pueden decir las mayores majaderías, siempre que lleven ese traje de etiqueta, que exige la Sociedad.

Si el Emperador Guillermo hubiera dicho:

—El Imperio necesita saber con las que gana y con las que pierde. Es preciso darme cuenta de cómo andan mis súbditas en cuestión de cutis y de carne.....

Si esto hubiera dicho, con seguridad las señoras alemanas, á pesar de sus flemas, habrían exclamado:

—Lépero, pelado, disoluto.....

Pero nó. Lanzó un *úcase* declarando que al Gran Teatro de la Opera no entraría una mujer que no fuera escotada.

Y ahí las tienen ustedes con unos trajes que casi son la pura enagua!

¡Oh formulismos sociales: oh hipocresías, mentiras, engaños y falsedades! Oh vida ridícula y cursi! Oh mascarada humana, tan necia y torpe, donde todos nos conocemos por el antifaz que nos disfrazamos! Donde todos soñamos engañar á todos y lo único que conseguimos es engañarnos nosotros á nosotros mismos!

TARJETAS DE BAUTIZO.

Cuando la tarjeta se refiere al primer retoño del matrimonio, casi por ella puede saberse, con una poca de observación, el carácter de la joven mamá, que ha dado al mundo un nuevo vástago.

Casi siempre es ella la que resuelve el nombre ó nombres que han de ponerse al niño ó niña. Lo proyecta desde antes de que suceda....lo que inevitablemente ha de suceder. Y el marido, novicio también en estos enjuagues, no se atreve á contradecirla por temor de que un coraje cualquiera, en el delicadísimo estado en que ella se encuentra, vaya á ser causa de que el niño resulte chueco como un tirabuzón, prieto como panocha ó feo como una insolencia.

Por esto la mamá, si es romántica, es capaz de ponerle por nombre *Traviata*, si es mujer ó *Godofredo* si es hombre.

Pero sea del carácter que fuere, siempre en las tarjetas de bautizo se leen nombres bonitos y armoniosos *Hermelinda*, *Margarita*, *Adelaida*, nació tal día, etc.

Es natural pensar que los papases, por más que el vástago esté digno de ir á veranear á un basurero, ellos lo han de ver primoroso y han de querer para él los más bonitos nombres.

Si hubiera algún santo que se llamara *Querubín*, ya verían ustedes qué demanda tenía, pues todas las madres ven á sus hijos con cara de querubines.

¿Cómo se explica, entonces, que haya progenitores tan desnaturalizados que pongan á una hija el nombre de *Bárbara*....?

Cierto es que muchas veces lo aciertan. Pero ¿qué les hace aquella inocente criatura llorona, para que un año antes de que pronuncie la primera palabra ya le llamen *Bárbara*....?

Semejante santo debería ser excluído, por *bárbaro*, del calendario, así como San Expedito lo fué por gustar demasiado al bello sexo!

(SACO)

*

Y en eso de bautizos yo sería de opinión que se les remojara la mollera á los cahmacos, pero que se les dejara el nom-

bre en blanco, con el plausible objeto de evitar lo que á menudo acontece: que nombres primorosos sean llevados como sangrienta chuela por mujeres horribles y que muchachas muy simpáticas y apetecibles se llamen Pascuala, Timotea, ó de cualquier otro modo que casi hace que se pierda la ilusión.

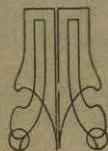
El nombre debe ser adecuado á quien lo lleva, y eso solo se consigue esperando que dé color la criatura.

Bien está que se llame Margarita, una pálida, espiritual, de ojos ozules y de pelo rubio; pero no una negra panzona que padezca asma!

Que se llame Canuto un hombre delgado, alto, de cara lánguida y aspecto de hambre, y no uno de esos que les cuelga el ombligo hasta las rodillas.

Pero ésto, señores, es inevitable. Las mamás y aún los papás seguirán haciendo consumo á los santos de nombres bonitos para aplicarlos á sus hijos, cuando menos á sus primogénitos.

Y los pobres santos que tuvieron la desgracia de llevar feos nombres, que se resignen á no tener tocayos en este planeta.



LAS NIÑAS QUEDADAS.

La inmensa mayoría de las MUJERES FEAS suben al cielo, muy á su pesar, á formar en el coro de VÍRGENES. Bien que preferirían figurar entre el número de MÁRTIRES... con tal de ser casadas. Pero esto rara vez se les concede.

Se explica. A los veinte años,—la hermosa edad de los disparates,—que es cuando el hombre se casa, es más poeta que filósofo. Por tanto, el fulgor de unos ojazos negros, el rojo de unos frescos labios ó la caricia de unas manos blancas y suaves, nos deslumbran y enamoran más que las bondades del corazón ó los chispazos de la inteligencia.

Si alguien nos dice que la hermosura de las mujeres es como la frescura de las rosas: que después de tres chamacos los querubines se vuelven murciélagos: que hay que buscar las bellezas del espíritu que jamás se marchitan, nos reímos burlescamente y no hacemos caso. Son sermones que no nos entran ni nos hacen mella.

Lo cierto es que—¡pobrecitas feas!—pero lo que en una mujer bonita es motivo de gracia y simpatía, en una fea despierta impulsos de agarrarla á patadas.

Los chiquéos, por ejemplo. Una mujer bonita, recién casada, que se chiquéa con su marido, hace escupir aguado, hace vibrar las cuerdas de la guitarra de la envidia, y aparece más bonita, más graciosa, más deseable. Dan ganas de decirle: «*Méngache con chu pápa.*»

Pero si los mismos chiquéos los hace una fea, trompa chueca, tuerta ó jorobada, se sienten impulsos al asesinato, y dan ganas de que le caiga un rayo en la pura maceta, álias cabeza!

Este mismo fenómeno se observa en las modas, relativas á trajes, sombreros, peinados, adornos, etc.

Estas modas son, sin duda, iniciadas por las mujeres más lindas de París ó de Londres. Soberanas de la belleza y de la elegancia que no tienen más consejero que su capricho.

Todos conocemos esos sombreros inmensos que parecen chiquihuites ó canastas piscadoras. Grandes, horribles, anties-téticos. Se los pone una bonita y se vé graciosa, gentil, con su

carita de rorro, escondida bajo las faldas sombrías del gran *canasto!*

Pero se lo pone una fea, y si no parece apache parece tachuela, y dan ganas de arrancarle el sombrero, hacérselo taco y metérselo por la boca!

Pero con las que más rabia dá es con las feas que, renunciando á los encantos físicos, se creen unos diablos con faldas, inteligentes, ingeniosas, ilustradas, capaces de callar á cualquier hombre con alguna de sus cáusticas respuestas.

Estas no pierden oportunidad, en las fiestecitas de barrio, de recitar versos, que naturalmente caen como patada en el ombligo.

Se la dan de muy leídas, y les gusta avergonzar á las bonitas, demostrando que estas nada leen ni nada saben.

Critican y despedazan á cuanta prójima cae bajo sus uñas y para ellas los hombres son seres despreciables y tontos, naturalmente mientras no les salga un novio, en cuyo caso cambian de opinión.

¡Cuánto rencor guardan en el alma estas pobres niñas, injustamente olvidadas en un rincón de la sala de la vida, que asisten, solo para ver y envidiar, al gran festín del amor y de la felicidad, que viene efectuándose en el mundo desde la tarde famosa en que papá Adán se comió la manzana!

Tienen ellas razón de sobra. Que se desquiten: que murmuren, que destrocen, que calumnien, que manchen... ¡Todavía así no se ponen á mano!

Otras hay que, en su edad de afectos, en ese vago anhelo de amor que todos los humanos corazones experimentan, olvidan á los hombres, despreciativos, burlescos y frívolos y vuelven sus ojos al cielo, y se acurrucan en los templos y se enamoran de los santos! Se vuelven *beatas*.

Es un pálido reflejo del amor mundano que se purifica y se idealiza. La prueba es que cuando algún sacristán—de carne y hueso,—las enamora, lo olvidan todo y si él no se las rapta, ellas se lo raptan á él....

Hay en cambio mujeres feas resignadas, que guardan en silencio, bajo su pecho trémulo, tesoros de amor virgen, de ternura intacta, de pasión que han refrenado por muchos años, de ensueños é ilusiones de cariño alimentados largamente!

Ellas viven con la eterna esperanza de que al fin el hombre amado ha de llegar, y guardan para él, sea quien fuere, el tesoro de sus ternuras amorosas!

Feliz el hombre que olvidando la fealdad de sus caras llama á la puerta de oro de su corazón: él habrá encontrado su felicidad!

LAS SUEGRAS.

No hay un personaje más choteado en asuntos de pitorreo amoroso que la SUEGRA.

Ella es el símbolo gruñido de todo lo que significa bilis, arañones, palos, gruñidas, jalones de orejas, insultos y demás cariñosas manifestaciones político-maternales.

Al lado del ángel de la guarda, figura el diablo cola verde. Junto á Otelo, prieto como muestra de carbonería, está Desdemona, rubia como una yema de huevo. Dios creó el café, amargo como retama y el hombre inventó el azúcar, dulce como un beso.... ¡Es la ley de los contrastes!

En el cuadro sublime del amor, junto á la figura de la novia, dulce, mansa, delicada, con ojos de borrego atorzonado, como efecto del amor, está la suegra, desgredada, flaca, con los ojos pelados y las uñas largas, dispuesta á arañar al primer yerno que se le arrime!

Hay quien asegure que la suegra que no sea gruñona, repugnante, malfajada y rabiosa, no merece el agradable nombre de suegra.

Pero es curiosa esta inconsecuencia, como tantas que comete el hombre.

Eleva hasta lo sublime á la mujer cuando es madre. Y el mismo poeta que *compone* sonetos á la madre, poniéndola como metro y medio arriba de los ángeles, ese mismo pone de la basura á la suegra, colocándola á la altura de los gatos, en cuestión de arañones, y un poco más abajo que los sapos, en punto á simpatías.

Y yo pregunto: ¿Se puede ser suegra sin ser antes madre?... Creo que nó. ¿Y sirve de algo la madre que no llega á ser suegra? Tampoco, porque eso prueba que sus retoños no merecieron la aprobación de los mortales!

Todo lo anterior les hará maliciar, caros lectores, que vengo ahora en defensa de las suegras. La suegra es un ser mal comprendido, como lo es, por ejemplo, el gendarme, aunque la comparación no sea del todo agradable.

Muchos creen que la suegra es como los chayotes: que no hay por donde cogerla sin que se espinen las manos!

Yo no lo creo así. La suegra, ciertamente, es por lo general muy «relaja,» pero tiene su lado... ¡Lo difícil es hallárselo!

Además, la *suegra* es un ser muy calumniado. Es el resúmidero de todos los enojos de los novios, sean ó no justificados.

Que la muchacha no salió á la ventana; ya el novio está pateando en la esquina y diciendo entre dientes: «Con seguridad que esa *vieja desgraciada* no la dejó salir!»

Lo de *vieja desgraciada* es el cariñoso tratamiento que dán á su *mamá política*.

Cuando la novia los deja por otro, aunque comprendan que el suplente es mucho mejor partido que ellos, exclaman: «*Cómo nó! Si mi suegra me hizo la guerra y se lo metió por los ojos!*»

Que la novia le dá calabazas, ó no se le antoja bailar con él en una fiesta, ó se inclina á algún amigo de la casa, para todo el mismo estribillo: *Mi suegra*.

Casi nunca se mete la buena señora en esas cosas. Pero las lenguas van amontonando sobre ellas calumnias y falsas anécdotas y no hay ahora quién pueda quitarles la fama que han conquistado!

Porque hay que ver también que las *suegras*, como todo en la vida, han evolucionado.

Antes; cuando no había tandas, ni andaban coches de noche, ni se inventaban las pollerías de juerga nocturna, ni había tales y cuales centros de desahogo y alegría, las esposas eran artículo de «primera necesidad» como lo es el maíz ó el frijol.

Y siendo así, las *mamás* se hacían del rogar y arremetían á palos contra los novios, en la seguridad de que les urgía, y volvían á insistir.

Pero actualmente, en esta época de disipación y casi desenfreno, en que el matrimonio está cayendo en desuso, en cuanto se presenta un novio algo formal, la *suegra* es la que se encarga de atenderlo y de obsequiarlo: le hace su chocolate por la noche con bizcochos, que cuenta han sido fabricados por la *novia*, cosa que casi siempre es mentira: la *suegra* es la encargada de prepararle cada año su *cuelga*, y en cuanto el futuro yerno se presenta á visita en casa, ella se *indispone* y se retira prudentemente á sus habitaciones dejándolos abandonados á sus impulsos!

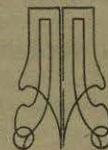
Esa es la *suegra moderna*, calumniada y mal comprendida.

Ella los acompaña al *cine*, sabiendo que la obscuridad es la madre de todos los vicios. Ella jamás se asoma á la ventana cuando ellos platican para no interrumpirlos. Ella se vuelve sorda cuando en el silencio de la noche oye ciertos chasquidos sospechosos parecidos á los que se escuchan cuando arrear bu-

rros. Ella vé, oye y calla, y acaba por hacerle la ropa blanca á la hija cuando se va á casar....!

¿Qué más quieren exigir de esa pobre *suegra* para quitarle la fama injusta que se le atribuye....!

Pór mí sé decir que las *suegras* merecen todas mis simpatías.



LAS MUJERES OCIOSAS.

La sabrosa ociosidad se explica de distinta manera en el hombre y en la mujer.

Los hombres, obedeciendo á aquella ley de: «Dios los cria y ellos se juntan,» forman agrupaciones más ó menos numerosas, las cuales se rijen por *Estatutos* que no tienen más que un artículo, que es el que condensa todos sus nobles ideales:

«*Todo, menos trabajar!*»

Hermoso lema, que solo de oírlo dan ganas de bostezar ó acostarse á dormir siesta!

Casi siempre los hombres, escojen algún sitio donde se reúnen los vagos y ociosos, todos esos que han logrado escapar al anatema de *ganarás el pan con el sudor de tu frente*. En México es *Plateros*: en Guadalajara es el *Portal Quemado* y la *Academia de Billar*. En otras ciudades es la *Botica del Farmacéutico* más hablador ó la *Barbería del peluquero* más chistoso.....

Pero siempre los ociosos forman sus Clubs más ó menos numerosos y alegres.....

*

En las mujeres la ociosidad se divide en dos clases: ociosidad doméstica ó sea *ventaneo*. *con party charet!*

Se habrán fijado ustedes en que hay parejas, bien sea de madre é hija: ó de dos ó tres hermanas ó amigas, que no hay paseo ni fiesta pública en que no se aparezcan.

Si se trata de música, es más fácil que falte el de la tambora que ellas.

En las serenatas, son las primeras que emprenden el paseo, con un aire de familiaridad tal, que andan como en su casa.

En los portales se hablan de tú con las aguafresqueras, saludan de mano á los mozos de las cantinas, les pican las costillas, por vía de broma, á los dulceros y se sienten casi dueñas de aquellos parajes que recorren tres ó cuatro veces al día!

No sé por qué, cuando veo estas caras alegres y satisfechas de las mujeres que *vagamundean* todo el día, en todas partes, sin más objeto que andar en las calles, no puedo menos que pensar

en su casa abandonada, sucia, llena de tierra, en la cual los criados viven en una anarquía espantosa: pienso en los chamacos, que sucios y chorreados, se revuelcan en la sala sin que nadie se los impida: pienso en el marido que sudoroso trabaja todo el día mientras su ociosa mujer olvida los agujeros de los calcetines, y no se ocupa ni de cepillar un vestido, ni de pegar un botón, ni de lavar un pañuelo.....

Si supieran los pensamientos que despiertan esas mujeres que prendipuestas y catrinas vagamundean por calles, portales, tiendas y jardines, de seguro andarían á toda hora ruborizadas como unas pitayas!

Sin duda que ésta, la *ociosidad callejera*, es la más grave. Pero no por esto deja de ser detestable la *ociosidad doméstica*.

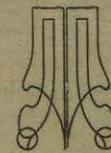
Esta consiste en *no hacer nada* dentro de su propia casa.

Muchos de mis lectores se habrán fijado en que hay mujeres, de las que observamos diariamente al paso para nuestro trabajo ó por vivir cerca de nuestra casa, que á toda hora del día están en la ventana. No comprenden la vida sino pegadas á las rejas, asomadas á la calle, bien sea desde el balcón ó desde las ventanas de su sala.

¿Qué esperan.....? ¿Qué miran.....? ¿Qué buscan.....? ¡Nada! Distraen la ociosidad que las invade. Sienten horror á vivir dentro de su casa, y por esto se viven todo el día asomadas á la calle, saboreando el placer de mirar á los que trabajan mientras ellas no hacen nada!

Hacen gala de su ociosidad. Se están tras de la reja para que los transeuntes y los vecinos se convenzan de que no necesitan hacer nada para pasar la vida!

¡Compadezcamos á esas pobres mujeres, á quienes está vedado saborear las dulzuras del hogar, únicas dulzuras que pueden alegrar su vida y hacer su felicidad!



SERMON CUARESMAL.

"Un lugar para cada cosa....."

Hijas mías muy amadas:

La cartilla matrimonial, que es, casi siempre, una lista de todo lo que os proponéis hacer, cuando solteras, y que jamás cumplís cuando casadas, habla del amor que debeis profesar á vuestro marido: de la resignación con que debeis sufrir sus flaquezas ó sus gorduras: de la competencia que debeis entablar con la parca para que no se despueble el universo: del respeto á Dios y del acatamiento á sus leyes..... y de otras muchas cosas que no es del caso traer á cuento.

El cumplimiento de esos preceptos, hijas mías, os dará siempre la felicidad terrena y os asegurará la bienandanza futura.

Pero no solo es preciso amar al marido, sino hacer que el marido os ame. San Agustín, en un arranque de confianza, dijo: «*Oh mulieri! face vos amare á marito, si non querebis habere un parrandero in cubículo,*» lo cual, traducido á un lenguaje decente, significa que debeis procurar atraeros el cariño de vuestro cónyuge, si no quereis que ande á menudo de picos pardos!

Una de las cosas que más encantan y atraen á los hombres es el que la mujer sea *hacendosa*.

Y la base para que una mujer sea *hacendosa* es que observe este principio que es muy sencillo de expresarse pero muy difícil de cumplirse:

"Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar."

San Nicomedes dijo: «*En el modo de partir el pan, se conoce el que es tragón.*»

Así también nosotros podemos decir: con solo dar una ojeada ligerísima en una casa, sabremos el grado de cuachalotez de la señora!

¡Cuántas veces, hijas mías, he ido yo á visitas de cierta confianza: me he chupado un cigarro, y al querer echar la vieja á la escupidera, no me ha sido posible porque dentro de la escupidera estaban los calzones del niño, que se acababa de ensuciar.....!

¡Cuántas veces, hijas mías, habrá sucedido que vuestros maridos, al irse á la carrera á su oficina, se habrán echado á la bolsa una media, creyendo que es pañuelo, solo porque no estaba donde debía estar.... Imaginaos la vergüenza y su coraje, al limpiarse el sudor de la frente, delante de personas de cumplimiento, con una media de talones rotos.....!

¡Cuántas veces, hijas mías, vemos en la casa todo al revés: los estropajos de la cocina sobre las rinconeras de la sala: el corsé de la señora, colgado del clavijero de los sombreros: los zapatos del señor, descansando sobre la destiladera: las jaulas de los canarios sobre las macetas del patio: la bigotera colgada de un clavo, en el excusado: los cobertores de la cama por el suelo, como si fueran tapetes.....!

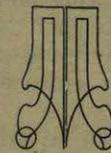
¿Qué impresión, hijas mías, queréis que cause esto en el ánimo de vuestros maridos?.....

¿Qué corajes no hará cuando busque el peine en su sitio y lo halle dentro de una vacinilla: cuando quiera lavarse y tenga que ir por el jabón al fregadero: cuando busque un cuello limpio y lo encuentre entre las fundas de las almohadas....?

No, hijas mías. Pensad que en vuestra casa, vosotras sois el presidente de la República: los criados vuestros Ministros, las recámaras son los Estados y los tiliches, muebles y objetos, son los súbditos que debéis mantener siempre en orden.....

Mientras todo esté así, tendréis el cetro del amor de vuestro marido; pero andando todo patas arriba, comenzará el filibusterismo oloroso á páchuli y os destronarán!

Que es lo que á todas os deseo....



LOS MATRIMONIOS SIN HIJOS.

Leo en un periódico la estupenda noticia de una buena señora que tuvo á bien jugarle una broma á su esposo, dando á luz nada menos que cuatro retoños!

Imagínense ustedes el espanto de aquellos buenos papás al ver que uno... y otro... y otro... y otro...! Deben sin duda haber creído que era una sarta inacabable! Y luego, qué orquesta sería aquella de cuatro robustos chamacos llorando á ocho pulmones!

Y, ¡qué aprietos para conseguir de un golpe cuatro nodrizas, cuando una sola cuesta tanto trabajo!

Ciertamente que un caso como ese ya no puede llamarse alumbramiento, sino quemazón: debe calificarse como un *abuso de confianza*, pues brinca los linderos de las bromas pesadas: y mujeres así, que confunden á los hijos con las bolas de chorizo, pueden causar el suicidio por hambre de cualquier ciudadano honrado!

*

Pero en contraposición á éstos, se hallan los matrimonios sin hijos: esas parejas entristecidas y silenciosas que cruzan la vida, hastiados de vivir siempre juntos, mirando con ojos de envidiosa ternura las blondas cabecitas de los ajenos hijos: suspirando eternamente por el soñado querubín de ojos azules, que sea mensajero de felicidad para su hogar silencioso y desolado!

¡Cuántas ternuras babrá aprisionadas en el pecho de la mujer que ha soñado inútilmente, por largos años, en ser madre! ¡Cuántas ilusiones forjará su imaginación, nunca cansada de esperar la llegada del rubio y sonrosado mensajero de amor!

¡Y ni agua!

Con solo entrar á una casa se sabe si es morada de un matrimonio sin hijos. Los pisos relucientes: la sala en perfecto orden, limpia, cuidadosamente adornada con monerías de mesitas, y colgajos; el corredor sin tiliches ni trebejos: todo aseado, desde la jaula de los canarios hasta las macetas blancas de los corredores....

Pero todo silencio, sin que haya ni un grito, ni una risa, ni un estruendo....

En cambio, las casas donde hay niños, tienen su aspecto peculiar: en la sala, regados en desorden, están los juguetes: la pelota de hule, el regimiento de soldaditos de plomo: la cuna diminuta, la muñeca, el libro con monos, ... todo tirado sobre el tapete, hechas á un lado las mesas que en el centro sostienen los artísticos bronce!

Son las huellas de los chamacos, que jugaron allí alegremente y que, enfadados, no quisieron ni recojer siquiera los juguetes!

Por algo se ha llamado á los niños la alegría de la casa!

Y ¡qué mayores encantos que los de la familia!

Cuando se tienen más ganas de dormir y la fatiga es más grande, es cuando al graciosísimo nene le ataca el cólico y pasa la noche en un vivo berrido!

Cuando el papá, á costa de economías, logra estrenar vestido, es cuando al nene, en cuanto lo toma en brazos, se le ocurre hacer una necesidad mayúscula....

A pesar de todo, hay que compadecer á esas parejas entristecidas y silenciosas, á esos matrimonios sin hijos, hastiados de vivir una existencia monótona, siempre con la ilusión del querubín de cabecita rubia y ojos azules que venga á endulzar los sinsabores de su vida!



LA FISONOMIA DE LOS NOMBRES

No me negarán ustedes que los nombres tienen su fisonomía, su cara especial, como los individuos. Cuando solo conocemos á una persona por su nombre, nos formamos de ella una idea particular, que no es otra que la fisonomía especial de su nombre.

Tal vez por esto, algunos sujetos, presintiendo que van á llegar á figuras, y á imitación de las mujeres llamadas malas, se cambian el nombre de pila, bautizándose á su puritito antojo.

Gabriel D'Anunzio, es un nombre que parece un toque de clarín. Quizá le haya facilitado su entrada triunfal al corral de los inmortales. Pero ese nombre no es el suyo. Se llamaba modestamente *Patricio Pelati*, si mal no recuerdo.

*

A los mexicanos, como ya hemos dicho, nos pierde lo feo que somos. Un individuo de barba rubia, ojos azules y tez sonrosada, llega mas pronto á la meta que un prieto, chaparro y cascorbo.

Pues aparte de lo feo, tenemos ese otro enemigo: el nombre. Nuestros genios caseritos, levantados de entre la clase media, casi siempre llevan un nombre de alcaicería.

Es raro que el único portento de exportación que poseemos, —Rodolfo Gaona,— tenga un nombre decente y agradable, ¡Qué sería de él, anunciándose en carteles y programas, si en vez de «*Rodolfo Gaona*» se llamara, pongo por caso, «*Bonifacio Zamarripa*».....?

¡Sería un desastre!

«*Bravo, Zamarripa,*» gritarían los entusiasmados taurófilos, y casi olería el grito á chuela!

O si no: «*Muy bien, Bonifacio!*» Lo cual también sería casi un insulto.

*

Decíamos que los nombres tienen su fisonomía especial. Despiertan por sí mismos una imagen.

Quien dice Pascual se imagina un hombre trigueño, de bigote como pincel viejo, chaparro y medio mugriento: todo esto sin que se ofenda ningún amigo que así se llame.

¡Edelmira! Una muchacha de cuerpo gentil, blanca, de ojos expresivos, media coquetona!

Las Cucas son casi siempre chaparritas.

Las Lolos, gordas.

Las Conchas, blancas y chapeteadas.

Onofre, dá idea de un hombre fuerte y prieto.

Adelaido, flaquillo, enclenque, sin peligro de ser medio *cuarenta y uno*.

Y así muchos.

*

Es por esto que á una edad determinada debería dejarse al individuo que escogiera nombre, como tiene derecho de elegir mujer ó adoptar profesión.

¿Por qué un sujeto vá á cargar toda la vida con la pesadilla de llamarse *Ciriaco*, solo porque á sus buenos papás se les ocurrió ponerle así, cuando tenía ocho días de dar berridos en la cuna.....?

Y también se dá el caso contrario. Padres amorosísimos, que le ponen á su hijita *Hermelinda*, siendo más fea que un torsón bilioso! ¿No es una mortificación llevar toda la vida un nombre que es una constante chuela?.....

Que los bautizos se hagan en blanco ó que al menos se tenga derecho de renunciar al nombre de pila y adoptar el que más agrade.

Aunque en ese caso, ¡pobre *Santa Bárbara!* Se quedará sin tocayos en el mundo!

Pues no creo que la modestia llegue hasta el grado de autollamarse *Bárbaro* á los quince años.



¿QUIEN ES LA SOCIEDAD?

A menudo en las discusiones, cuando ya uno de los adversarios se vé perdido y desea darse un pequeño baño de rosas, exclama: «*Que la Sociedad juzgue*» «*Apelo al fallo sensato de la Sociedad*» «*La Sociedad dará á cada cual lo suyo,*» . . . y así por el estilo.

Cuando el estruendo del pleito conyugal llega hasta el arroyo, y el escándalo con sus trompetas que son más sonoras que las de la fama, lanza al viento el argüende con todos sus pelos y señales, brota de todos los labios la misma frase: «*¿Quién dirá la Sociedad!*»

Y traemos á la Sociedad al trote. La ponemos como testigo de nuestros actos, en cosas que nadie sabe ni á nadie le importan.

«*A la Sociedad*» . . . Y allá vá un manifiesto sobre cuestiones que á nadie quitan el sueño, por más que á quien lo escribe le derramen la bolsa de la bilis.

¡Y la Sociedad para todo! Cuando sentimos susto por tal ó cual cosa, exclamamos; «*La Sociedad está alarmada.*» Y lo más curioso es que creemos que realmente *la Sociedad* está alarmada, sin preguntar siquiera quien es la Sociedad.

¿Quién es la Sociedad? ¿Dónde se le puede dar un abrazo á esa señora que nos trae á todos locos: que es modelo de cordura y buen juicio: cuyas solas miradas nos amedrentan: á cuyo fallo inapelable sometemos nuestros actos y cuya censura es la brida que sujeta los malos instintos de los mortales?

¿Es realmente la Sociedad algo que se trasluzca en sencillez, en recta justicia, en buen criterio, que dé á cada cual lo que merece, que condene lo censurable y aplauda lo bueno. . . . ?

Quizá en su juventud, esa noble señora á quien llaman *Sociedad* haya sido en efecto, un dechado de virtudes; pero lo que es ahora se ha dado una descompuesta, que casi podemos decirle, suplicándole que no se ofenda, que vale bonete.

Tiene todas las vilezas y ruindades de las cosas humanas. Es servil: aplaude á los próceres lo que censuraría á los plebeyos.

Recibe con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios, á

la mujer que, á sabiendas de todos, deshonra su casa, solo porque es rica y de abolengo.

Al que roba un peso, le llama *miserable ladrón*. Al que roba cien mil, *honorable caballero*.

Arroja á la mujer que por hambre vende su cuerpo, y halaga y adula á la que rodeada de sedas y brillantes se entrega por vicio.

Por la misma razón que á una mujer le llama *prostituída*, á un hombre le apellida *conquistador*

Tiene ojos para escudriñar hasta lo más hondo, en los hogares desvalidos y pobres. ¡Ay de la muchacha bonita que osa levantar los lindos ojos para mirar á un hombre! ¡Ay de ella si se permite con el novio algunas familiaridades. . . ! Ya tiene encima la mirada sañuda de la SOCIEDAD y en redor suyo murmura la calumnia mil cosas de su honra!

Pero si ella es hermosa y rica ¡qué importa todo! La impudicia se atavía de castidad y entonces la SOCIEDAD ríe cariñosamente las gracias de la descocada niña. . . . !

¿Es esa la Sociedad á cuyas justas decisiones apelamos, cuyas miradas nos hacen temblar, y á la cual llamamos á todas horas y en todos los tonos?

Y si no es esa, díganme ustedes:

¿Quién es la Sociedad?

